

recidamente con traje de color tostado y una pelerina festoneada por ancha cinta azul, las cuales iban seguidas por una monja con inmensas tocas blancas.

—¡Aurelia! ¡Aurelia!—gritaban todas a la vez.

La de los ojos verdes pasó de unos brazos a otros, hasta llegar a la religiosa, que la abrazó afectuosamente y le dijo con alegría:

—¡Qué contenta estoy de verla, Aurelia! Estará un mes entero con nosotras, ¿eh?

Delante de la estación esperaba un *break* destinado al servicio de viajeros entre Pierrefitte y Luz. En él se acomodaron la de los ojos verdes y sus acompañantes. Y partió el *break*.

VI

ENTRE LA HOJARASCA

Ay, señorita de los ojos verdes! ¡Ya puede usted considerarse como mi prisionera!—pensó Raúl mientras las tres mulas del *break*, cuyos cascabeles oía, comenzaban a subir las primeras cuestas—. Cómplice de un asesino, ladrón y clantagista, asesina usted misma, muchacha mundana, artista de opereta, pensionista de convento: sea quien sea no se me escabullirá. La confianza es una cárcel de la que nadie puede escapar. Y aunque usted me odiara por haberla besado, en el fondo confía en quien no se cansa de salvarla y se encuentra siempre a punto cuando usted está al borde del abismo. Todos se agarran al terranova, aunque el terranova les haya mordido alguna vez. ¡Ay, señorita de los ojos verdes! Se refugia en un convento para escapar a todos cuantos la persiguen. Hasta nueva orden no será para mí una criminal o una temible aventurera, ni tan sólo una artista de opereta a la que llamaría Leónide Ba-

lli. La llamaré Aurelia, nombre que me agrada por lo añejo, por lo aburguesado. ¡Ay, señorita de los ojos verdes! Ya sé que usted posee, a escondidas de sus cómplices, un secreto que quieren arrancarle y que usted guarda ferozmente; secreto que me pertenecerá un día u otro, porque los secretos son mi especialidad. Descubriré ése, sí, al mismo tiempo que disipe las tinieblas en que usted se oculta, misteriosa y apasionante Aurelia.

Tan enfático discursito satisfizo a Raúl, que se durmió, dejando de pensar en el enigma turbador que le ofrecía la señorita de los ojos verdes.

La pequeña ciudad de Luz y su vecina, Saint Sauveur, forman, por decirlo así, una aglomeración termal, que, en aquella estación, andaba escasa de bañistas. Raúl se alojó en un hotel casi vacío, donde se presentó como un entusiasta de la botánica y de la minerología. Y aquella misma tarde se puso a estudiar la comarca.

Un estrecho y nada cómodo camino lleva en veinte minutos de cuesta a la mansión de las hermanas de Santa María, viejo convento arreglado para pensión. En aquella región, dura y tormentosa, los edificios y los jardines se extienden desde la punta de un promontorio dispuesto en terrazas escalonadas, que sostienen potentes murallas, a lo largo de las cuales bullía antaño el riachuelo de Santa María, que ahora, y en esta parte de su curso, se ha hecho subterráneo. La otra vertiente estaba recubierta por un pinar que tenía dos caminos en forma de cruz para uso de los leñadores. Hay, además, grutas

y rocas de formas extrañas. Todo ello hace que el lugar sea objeto de excursiones domingueras.

Allí se puso Raúl en acecho. El paraje estaba desierto. Lejos resonaba el hacha de los leñadores. Y Raúl dominaba los prados geométricos del jardín y los tilos cuidadosamente recortados que servían de paseo a las pensionistas. Al cabo de varios días, ya estuvo enterado de las horas de recreo y de las costumbres conventuales. La avenida cercana al torrente estaba reservada, luego del yantar de mediodía, a «las menores».

La señorita de los ojos verdes, retenida, sin duda, en el interior del convento, a causa de la fatiga, no pareció por aquella avenida hasta el cuarto día. Y todas las mayores diríase que ya no tuvieron más propósito que acapararla, con unos celos manifiestos que las hacía disputar entre sí.

Al momento vió Raúl que se había transformado como una niña que, al salir de una enfermedad, se esponja al sol y al aire vivísimo de la montaña. Vestida como las otras chicas, correteaba entre ellas, animada, alegre, amable, incitando al juego y divirtiéndose tanto que sus carcajadas resonaban en ecos hasta el límite del horizonte.

— ¡Ríe! — se decía Raúl, maravillado—. Y su risa no es la artificial y casi dolorosa del teatro, sino la despreocupada en que se expresa su naturaleza verdadera... ¡Ríe!... ¡Qué prodigio!...

Luego, cuando las demás iban a clase, quedaba sola. Y no se ponía melancólica, no decaía su buen humor. Se ocupaba en minu-

cias, como recoger piñas, que echaba a un cesto de mimbre, o en cortar flores, que dejaba en los escalones de una capillita vecina.

Sus gestos eran graciosos. A veces conversaba a media voz con un perrito que la acompañaba o con un gato que se frotaba en sus piernas. Una vez trenzó una guirnalda de rosas y se contempló riendo en un espejo de bolsillo. Furtivamente se puso un poco de colorete en las mejillas y de polvos en la nariz. Pero se limpió en seguida, porque debía estar prohibido.

Al octavo día franqueó la joven un parapeto y llegó a la última y más elevada terraza, que al final tenía una barrera de arbustos.

Al día siguiente volvió allí con un libro en la mano.

Y Raúl se decidió al día décimo, antes del recreo. Primero tuvo que deslizarse por entre la espesa vegetación que bordeaba el bosque, y luego atravesar una buena porción de agua, una especie de pantano formado por el riachuelo de Santa María antes de sumirse en el suelo. Una carcomida barca sujeta a una estaca le permitió, a pesar de remolinos muy violentos, llegar a una pequeña escala, al pie mismo de la alta terraza, que se erguía como un reducto de fortaleza.

El muro era de piedras planas colocadas sencillamente unas sobre otras y entre las cuales surgían plantas silvestres. Las lluvias habían trazado regueros de arena y sendas que los chiquillos del contorno escalaban en cuanto podían. Raúl trepó sin dificultad. La terraza formaba arriba una especie de plazo-

leta rodeada de plantas, de encañados rotos y de bancos de piedra, y que tenía en medio un gran jarrón de terracota.

Oyó la greguería del recreo. Después se produjo el silencio. Y al cabo de varios minutos se fué acercando un rumorcillo de pasos ligeros. Canturreaba una voz fresca. El corazón de Raúl se encogía. ¿Qué diría la joven al verle?

Crujieron unas ramas. Y el follaje se movió como se mueve una cortina levantada ante una puerta. Entró Aurelia.

Pero, estupefacta, se detuvo súbitamente casi en lo que pudiéramos llamar umbral de la terraza. Quedó interrumpida la canción. Cayeron el libro y el sombrero de paja que, lleno de flores, colgaba de su brazo.

Y no se movía la silueta, fina y delicada, vestida sencillamente con lanilla de color tostado.

Seguramente no reconoció a Raúl hasta un poco más tarde. Entonces se puso colorada y retrocedió, musitando:

— ¡Váyase!... ¡Váyase!...

A Raúl no se le ocurrió ni por un momento la idea de obedecerla. Parecía hasta que no hubiese oído la orden. Y contemplaba a la muchacha con un placer inefable que jamás había experimentado ante ninguna mujer.

Ella repitió con tono más imperioso:

— ¡Váyase!

— No—dijo él.

— Entonces, me iré yo.

— Si se va la seguiré—aseguró Raúl—. Entraremos juntos en el convento.

Se volvió la joven, como si quisiera mar-

charse. Pero él se le acercó y le agarró del brazo.

—¡No me toque!—exclamó la joven con indignación, al mismo tiempo que se soltaba—. Le prohibo que me toque. Le prohibo que esté junto a mí.

El, sorprendido por tanta violencia, preguntó:

—¿Por qué?

Ella, muy quedamente, contestó:

—Me da usted horror.

Tan extraordinaria era la contestación, que Raúl no pudo contener una sonrisa.

—¿Tanto me detesta?

—Tanto.

—¿Más que a Marescal?

—Más.

—¿Más que a Guillermo y a aquel hombre de la villa de Faradoni?

—Más, más.

—El caso es que ellos le han hecho mucho daño. Y a no ser por mí, que la he protegido...

La joven calló. Había recogido su sombrero y con él se tapaba la parte inferior de la cara, principalmente los labios. Para Raúl no cabían dudas en la explicación de la conducta adoptada por la joven. Si le detestaba no era porque hubiese sido testigo de los crímenes cometidos y de tanta vergüenza, sino porque la había tenido en sus brazos y porque le había besado la boca. Aquel pudor, tan extraño en una mujer como ella, en una mujer tan sincera, arrojaba tal claridad sobre la intimidad de su alma y

de sus instintos, que Raúl, a su pesar, murmuró:

—Le ruego que olvide.

Y retrocediendo algunos pasos, para significar que la dejaba en libertad de partir, añadió en un tono de respeto involuntario:

—Aquella noche fué una noche fatal, cuyo recuerdo no conviene que conservemos ni usted ni yo. Olvide mi comportamiento. No crea, pues, que he venido para hacerle recordar, sino para continuar la obra que he emprendido respecto a usted. La casualidad me ha puesto en su camino; la casualidad ha querido que desde un principio pudiera yo serle útil. Le suplico que no rehuse mi ayuda. Los peligros que la amenazan, lejos de disminuir, aumentan. Sus enemigos están exasperados. ¿Qué hará si no estoy junto a usted?

—¡Váyase!—repitió ella con obstinación.

Permanecía en la entrada de la terraza como ante una puerta abierta. No ponía la vista en Raúl y tapábase los labios. Sin embargo, no se marchaba. Como él pensaba, se es prisionero del que no se cansa de salvar a uno. La mirada de la chica denotaba temor; pero el recuerdo del beso recibido cedía al recuerdo, infinitamente más terrible, de las tribulaciones sufridas.

—Váyase. Aquí estaba yo en paz. Usted anduvo mezclado con todas esas cosas, con todas esas cosas abominables...

—Afortunadamente—dijo él—. Por eso mismo es preciso que me mezcle con todas las que se preparan. ¿Cree que no la buscan? ¿Cree que Marescal renuncia a usted? Aho-

ra sigue sus huellas. Y le conducirán a este convento de Santa María. Si, como supongo, ha vivido usted aquí varios años felices de su infancia, él, que debe saberlo, vendrá.

Hablaba suavemente, con una convicción que impresionaba a la joven, la cual apenas pudo balbucear ya:

—Váyase...

—Bien—dijo él—. Pero vendré mañana a la misma hora y la esperaré todos los días. Tenemos que hablar... pero no de nada que pueda resultarle doloroso y recordarle aquella noche de pesadilla. Respecto a eso, ¡silencio! No necesito saber nada. Ya saldrá la verdad, poco a poco, de las tinieblas. Pero hay otros puntos respecto a los cuales haré de hacerle preguntas a las cuales tendrá usted que contestarme. Eso es lo que necesitaba decirle hoy. Ahora ya puede irse. Pensará en lo que le he dicho, ¿eh? Pero no se apure. Tenga presente que yo, en los momentos de peligro, estaré siempre a punto.

La joven se marchó sin decir una palabra ni hacer un gesto. Raúl contempló su marcha por las terrazas, hasta llegar a la avenida de tilos. Cuando ya no la vió, recogió inconscientemente varias de las flores abandonadas. Y al darse cuenta de ello, se dijo en broma:

—¡Caramba, caramba!... Esto se pone serio... Y no hay que hacer el tonto, querido Lupin...

Desanduvo el camino de antes, atravesó nuevamente el estanque y paseó por el pinar, arrojando las flores una a una, como quien

no se da cuenta. La imagen de la joven de los ojos verdes no desaparecía de sus ojos.

Al día siguiente volvió a la terraza. Aurelia no acudió. Y sucedió lo mismo los dos días sucesivos. Pero el cuarto día separó la joven el follaje sin que él hubiera notado previamente sus pasos.

—¡Oh!—exclamó, emocionado—. Es usted, ¡usted!...

Por la actitud de ella comprendió que no debía acercarse ni decir una palabra que pudiese atemorizarla. Se mostraba, como el primer día, como una adversaria que no quiere ser dominada y que se resiente contra el enemigo por el bien que le hace.

A pesar de ello, era menos dura su voz cuando dijo con la cabeza medio vuelta:

—No hubiera debido venir. Las hermanas de Santa María, mis bienhechoras, lo encontrarían mal. Pero he pensado que debía darle las gracias... y ayudarle... Además—añadió—tengo miedo, sí, tengo miedo por todo lo que me ha dicho... Pregúnteme. Le contestaré.

—¿A todo?—dijo él.

—No, no—repuso ella con angustia—. A cosas sobre la noche de Beaucourt, no... A otras cosas... ¿Qué quiere saber?

Raúl reflexionó. Era difícil formular preguntas encaminadas en su totalidad a aclarar un punto del cual se negaba a hablar la joven.

Y comenzó diciendo:

—¿Su nombre?

—Aurelia. Aurelia d'Asteux.

—¿Y ese nombre de Léonide Balli? ¿Es su seudónimo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Léonide Balli existe. Se quedó enferma en Niza. Entre los actores de su compañía, con los que he viajado de Niza a Marsella, había uno al que yo conocía precisamente por haber representado juntos *Véronique* en una función de aficionados. Y todos me rogaron que, aunque fuera por una sola noche, sustituyera a Léonide Balli. Como realmente estaban muy apurados, tuve que hacerles ese favor. Se lo advertimos al director del teatro de Tolosa; pero el hombre, a última hora, decidió no anunciar el cambio y dejar creer que yo era Léonide Balli.

Raúl concretó:

—No es usted artista... ¡Me alegro!... Preferiría que sea solamente la bonita pensionista de Santa María.

La joven, frunciendo el ceño, dijo:

—Continúe.

Y él continuó diciendo:

—El caballero que levantó el bastón sobre Marescal al salir usted de la pastelería del bulevar Haussmann, ¿era su padre?

—Mi padrastro.

—¿Se llama?

—Brégeac.

—¿Brégeac?

—Sí; es el director de Asuntos judiciales del ministerio del Interior.

—Y, por tanto, jefe directo de Marescal, ¿no?

—En efecto. Siempre ha habido antipatía entre ambos. Marescal, a quien apoya mucho el ministro, quiere sustituir a mi padrastro, y mi padrastro quiere librarse de él.

—Y Marescal, ¿la quiere?

Me pidió para casarnos. Yo lo rechacé. Mi padrastro le ha prohibido que venga a casa. Y, como nos odia, ha jurado vengarse.

—Bueno—dijo Raúl—. Pasemos a otra cosa. ¿Cómo se llama aquel hombre de la villa de Faradoni?

—Jodot.

—¿Su profesión es?...

—Lo ignoro. Venía a veces a casa para ver a mi padrastro.

—¿Y el otro?

—Era Guillermo Ancivel, a quien también recibíamos. Se ocupa de la Bolsa y en otros negocios.

—¿Limpios?

—No sé...

Raúl resumió:

—Esos son sus tres adversarios... No hay otros, ¿verdad?

—Sí. Mi padrastro.

—¿Cómo? ¿El marido de su madre?

—Mi pobre madre murió.

—¿Y toda esa gente la persigue por el mismo motivo, por ese secreto que sólo usted posee?

—Sí, excepto Marescal, que ignora eso y que sólo aspira a vengarse.

—¿Puede darme alguna indicación, no precisamente sobre el secreto, sino sobre las circunstancias que le rodean?

La muchacha, tras unos instantes de reflexión, contestó:

—Puedo, sí. Puedo decirle lo que los otros conocen y la razón de su encarnizamiento.

Aurelia, que hasta entonces había contestado breve y secamente, parecía tener interés por lo que decía: